

donde la concepción imaginaria de la existencia de los diferentes pasajeros de un autobús, vista a través de la existencia de uno de ellos, se contrasta violentamente con la existencia personal de cada uno. No hay entre ellos más contacto que el imaginativo. Mediante él prolongamos nuestro ser en *los demás* y en las cosas que nos rodean. La circunstancia nos hace y nos deshacemos de ella. No somos en manera alguna seres aislados. Leamos las consideraciones del último personaje de Heiremans: "Le reconforta pensar que un trozo de su secreto yace en cada uno de esos seres. Debe conocerlos a todos, para comprenderse a sí mismo. No hay duda, el secreto está en *los demás*, y por eso debe vivir en el laberinto que forman los otros. Esa red le es necesaria; sólo podrá huir a su soledad cuando se haya encontrado, disperso e invencible, en la trama que ellos tejieron". (pág. 242).—CEDOMIL GOIC.



"PROVINCIA", por *Caupolicán Montaldo*, Nascimento, 1952

En el periodismo y la literatura se conocía, ciertamente, a Caupolicán Montaldo. No eran pocos los que aguardaban, con seguridad que siempre sabía encontrar motivo para fortalecerse, el libro que le mostrara, por fin, en su auténtico y cabal merecimiento. Digno de ser acogido con una atención más amplia, no se presentaba aún la ocasión para decirlo y asegurarlo.

Pero en 1951 obtiene Montaldo el Premio Unico de Poesía en el Concurso de la Sociedad de Escritores; y en 1952 —es decir, en estos días— Nascimento publica el libro premiado *Provincia*. Se ha presentado la ocasión y es justo no callar que Caupolicán Montaldo es uno de nuestros buenos poetas, uno de esos limpios poetas que no recurre a ardid alguno para dar la impresión de que son más brillantes o más hondos. No necesita el autor de *Provincia* buscar máscara de brillo o profundidad. Se presenta, desnuda el alma, sano de

espíritu, como un hombre que vive entre los demás hombres de su tiempo, interesado por las mismas bellas cosas, y contento de poder cantarles lo que todos ellos —si lo pudieran— cantarían.

Estamos, pues, ante un poeta que desconoce el engaño. Su voz no es postiza, no es artificial su acento, y la autenticidad de su emoción es visible. Posee suficiente madurez para saber que un poeta no alcanza altura amontonando imágenes sobre las cuales trepa y declama a voz en cuello; las imágenes —ya lo ha advertido— son fugitivas, a menudo se combaten entre sí y suelen extraviar el rumbo de la poesía. Caupolicán Montaldo es sobrio de expresión. Sus imágenes son justas, necesarias; su vocabulario, sencillo. No hay en su libro versos declamatorios ni oscuros. La claridad circula por las palabras y las envuelve en su luz cordial.

En tu comarca de camelia y agua  
hasta el sollozo es musical. Y prende  
su escarapela de oro y de verano  
la romántica luna de diciembre.  
Alguien decora el pulso de la noche.  
El bosque ensaya su guitarra verde,  
y conversan los élitros de cosas  
que sólo Dios en su verdad entiende.  
Pasa en el viento el ala embelesada,  
el ala que no sabe lo que quiere,  
como tampoco el hombre sabrá nunca  
amar la mano que le da la suerte.

Así comienza el poema inicial del libro —*Rostro del Sur*— y con la misma delicadeza, igual sencillez, idéntico dominio del verso (sin que haya virtuosismo) van sucediéndose los poemas. En este tono bellamente expresivo, sin forzarse nunca. Montaldo escribe su poesía sincera y auténtica. Su libro *Provincia* merece que se le reciba con un interés muy verdadero.—HERNÁN DEL SOLAR.